

Comunicación (I)

La raíz de la mayoría de los problemas que tenemos entre nuestras manos radica en que no tenemos una comunicación efectiva. No nos entendemos con nuestro jefe, nos hemos distanciado de nuestros hijos, tenemos problemas de relacionamiento con nuestro cónyuge, nos hemos distanciado de padres, hermanos y amigos. Y todo porque no hemos podido comunicarnos adecuadamente con ellos.

Si solo pudiéramos establecer una mejor comunicación con ellos, muchos de nuestros dolores de cabeza desaparecerían, nuestro nivel de estrés se reduciría y la vida nos sonreiría más frecuentemente, haciendo de nuestra vida más agradable y placentera. Todo lo anterior si solo pudiéramos comunicarnos mejor.

La palabra Comunicación viene del latín *Communicare*, que significa compartir algo, poner en común. Es decir, convertir algo que sea común entre los dos. Y es aquí donde se presente el primer gran tropiezo. Pensamos muchas veces que comunicar es decir “Que quiero yo que usted haga”. Esto no es comunicación, esto es dar órdenes. El problema radica en que queremos dar una instrucción o una orden, o pontificar nuestra opinión sobre algo manifestando nuestra posición o inconformidad al respecto, y creemos que estamos comunicándonos al hacerlo. Estamos confundiendo los verbos. Comunicar es hacer a una persona partícipe de lo que se tiene (RAL). Hacerlo partícipe no es imponerle, forzarlo o darle órdenes, es simplemente compartir mi opinión con la de él, y en lo posible, generar un acuerdo de opiniones entre los dos.

Lamentablemente, la evolución tecnológica nos ha alterado el propósito inicial de la comunicación; hacer algo común entre dos o más personas. Al principio, la comunicación era cara a cara, permitiendo que todos los mensajes, verbales y no verbales (gestuales), fueran visibles entre las personas. Luego vino la escritura, que, aunque permitió la masificación de las ideas, impidió el contacto cara a cara. Más tarde se dieron las comunicaciones alámbricas, permitiendo recuperar parte de los mensajes

verbales perdidos en la escritura; velocidad, volumen e inflexiones vocales. Posteriormente, llegaron las comunicaciones radiales, acercando a los seres entre sí, acortando las distancias físicas existentes, y poniendo al alcance de la mano a las personas para comunicarse. Por último, entró el ciberespacio con toda la gama de medios actuales; Internet, Correos electrónicos, Facebook, Twitter, Blogs, etc. El resultado de esta evolución tecnológica ha tenido un efecto inversamente proporcional en la calidad y en la efectividad de la comunicación entre nosotros. Nada podrá substituir a una comunicación cara a cara.

La comunicación se podría ejemplarizar con una fórmula:

Comunicación = Emisor (yo) + Mensaje (idea) + Canal (medio) + Receptor (tercero)

El segundo problema que enfrentamos radica que hemos enfocado nuestros esfuerzos en las variables equivocadas. Iniciamos poniendo la mayor de nuestra atención en la primera variable, y nuestra energía y trabajo se va diluyendo en la medida que nos movemos a la derecha de la ecuación, hasta llegar al receptor, variable a la que le damos la menor de las importancias. Arrancamos en nosotros, el emisor, dándole toda la importancia al cuidado y divulgación de nuestro ego, posteriormente ponemos atención al mensaje que queremos enviar (las ideas principales), a continuación, seleccionamos el medio por el cual lo vamos a realizar (preferiblemente escrito), y finalmente, y menos importante, está el receptor.

Esto tiene dos consecuencias importantes en la calidad de la comunicación que queremos realizar. El primero y el más importante, creemos que nosotros somos emisores y el tercero es receptor y punto. Nos olvidamos que para que pueda ser puesta en común algo, los participantes deben ser tanto emisores como receptores, los dos al tiempo, en igualdad de peso y participación. Lo segundo, es que por ser el receptor la última de las variables de la ecuación, le damos menos importancia que a las demás, concentrándonos más en nuestro ego, las ideas que vamos a transmitir y la forma más adecuada para hacerlo, sin darle mayor importancia o relevancia a la persona a la cuál va dirigida nuestra comunicación.

No nos comunicamos bien, porque no estamos estructurados para escuchar. Nos interesa es hablar, particularmente de nuestro ego. Buda dijo “Si tu boca está abierta, no estas aprendiendo”. Para comunicarnos mejor, debemos dejar de pensar en nosotros y comenzar a pensar en el otro. Mientras nuestra cabeza esté llena de “Yo, Mi, Quiero, Necesito, etc.” no habrá una buena comunicación de nuestra parte. Para lograr tener algo en común con otro, debemos estar dispuestos a conocer a ese otro y encontrar eso que nos es **común** a los dos.

Juan Carlos Mejía F.